



# Medicina y Farmacopea en la Córdoba omeya

Camilo Álvarez de Morales

La ciencia que los árabes nos legaron fue el resultado de la mezcla de sus propias experiencias y, sobre todo, de la aportación de la ciencia griega y de los conocimientos de persas e hindúes.

La medicina fue, posiblemente, el campo en el que más destacó aquella ciencia. De las fuentes que la formaron, analizadas a grandes rasgos, podríamos decir que la aportación puramente ára-

be era una mezcla de prácticas tradicionales, con un alto componente mágico y religioso, y de lo que se ha llamado «medicina del Profeta», conjunto de saberes teóricos y prácticos sancionados por Mahoma, en relación con las enfermedades y sus remedios o con la conservación de la salud. La medicina griega les dio un conocimiento del cuerpo humano, su composición y sus funciones, del que hasta entonces carecían, en tanto las influencias hindúes y persas se centraban más en aspectos relacionados con el conocimiento de las plantas y su aplicación en la preparación de medicamentos.

Cuando el Islam comenzó su expansión, los nuevos conquistadores tuvieron acceso a los grandes centros de ciencia de los países dominados, cuyas bibliotecas fueron enviadas a Oriente, a la sede del califato, en donde se procedió a traducirlas al árabe. Fue un hecho que habla muy en favor de un pueblo que comenzaba su presencia en la historia, demostrando un interés hacia otras culturas muy digno de resaltar. A ellos debemos que la ciencia clásica no se perdiera y, al mismo tiempo, se viera enriquecida con los estudios

que, posteriormente, los sabios árabes llevarían a cabo. Se puede considerar que actuaron como puente entre la Antigüedad y el Renacimiento.

El siglo IX, con la dinastía 'abbāsī instalada en Bagdad, fue el periodo más importante en el proceso de las traducciones. A la traducción siguió una asimilación, también bastante rápida, de modo que la producción de obras originales árabes iba a ser casi inmediata.

El método que seguían los traductores era traducir párrafos completos o frases, prefiriendo una comprensión conceptual antes que una traducción literal para la que, en muchos casos, les faltaba el léxico oportuno. Se solía hacer una primera traducción que luego se pasaba a un buen conocedor de la materia, a fin de que éste la confirmara o la corrigiera desde un aspecto científico. Tras esta revisión, con frecuencia se recurría a quien poseyera un buen estilo literario para que elaborara la redacción final. La experiencia demostró que si la traducción la hacía, o al menos la corregía o supervisaba, alguien conocedor de la materia, solía ser más fiable que si la llevaba a cabo alguien que sólo conociera la lengua, pues, a veces, un texto borroso, una palabra incorrectamente escrita, po-

## Colliget Auer.



Habes in hoc Volumine studiose lector gloriosi illius senis Abbomeron Abinzoar Librus ibeyfir. quo nihil forsitan exactius in medicina reperies elaboratum. Habes et Averrois librum Colliget quem satis laudasse puto cum Averrois esse praedixerim. cuius quibusdam novis et perlegantibus marginalibus additionibus exornatus. Superque ea cura emendatum et impressum ut nihil praeterea super sit quod vel eius integritati vel ornamentorum operum desiderari possit.

MD



XXX

Edición renacentista del Colliget de Averroes. Madrid, Biblioteca Nacional.





día ser subsanado por el experto, mientras que el simple lingüista o no entendía lo que leía y dejaba una laguna o lo interpretaba erróneamente.

Centrándonos en la medicina que ya había alcanzado su madurez, podemos apreciar que no todas las ramas tuvieron igual desarrollo. La anatomía fue el aspecto menos cultivado, posiblemente por condicionantes religiosos que impedían la disección de cadáveres. Hay noticias acerca de la autorización para disecar un tipo de monos muy parecidos al hombre, así como de la observación de restos humanos procedentes de batallas. A ello se añadiría lo que las prácticas quirúrgicas permitieran conocer, y poco o nada más. Muy probablemente aquella prohibición se debió cumplir de modo más o menos escrupuloso, aunque, a veces, en los textos se encuentran datos que no se justifican si el médico no ha observado directamente un organismo humano. De cualquier manera, siempre será la rama menos estudiada y a la que menos aportaciones originales hicieron los árabes.

Seguramente la que alcanzó mayores cotas y la más difundida fue la farmacología, ayudada por el progreso de la agricultura y favorecida por la creación de jardines botánicos. La copiosa literatura médica árabe de este género es buena prueba de ello. En las páginas de sus farmacopeas vemos que para los tratamientos médicos utilizaron todo tipo de drogas vegetales, minerales y animales, apreciando ciertas preferencias, de modo que en la terapéutica general las drogas empleadas fueron en su mayoría vegetales, con una enorme riqueza de plantas en su nómina, mientras en oftalmología se dio preferencia a las minerales. Algunas de éstas fueron la atutía, el antimonio o la galena, mientras entre las animales, las más utilizadas fueron las hieles de distintos animales, la sangre y el excremento de otros y la leche, especialmente la de mujer.

De sus medicamentos compuestos el más famoso fue la triaca, en la que entraban hasta sesenta componentes. Inicialmente pensada para combatir los venenos, pronto se convirtió en una especie de panacea, aunque por lo complicado de reunir sus ingredientes, lo laborioso, e incluso, lo costoso de su preparación, su uso se reservaba a enfermos con los que otros medicamentos fracasaban y se consideraban casi desahuciados, o para los reyes y personas de alta posición.

En sus tratamientos emplearon todo tipo de preparaciones: píldoras, pastillas, cataplasmas, lavativas, supositorios, pastas dentífricas, pastas depilatorias, emplastos y ungüentos.

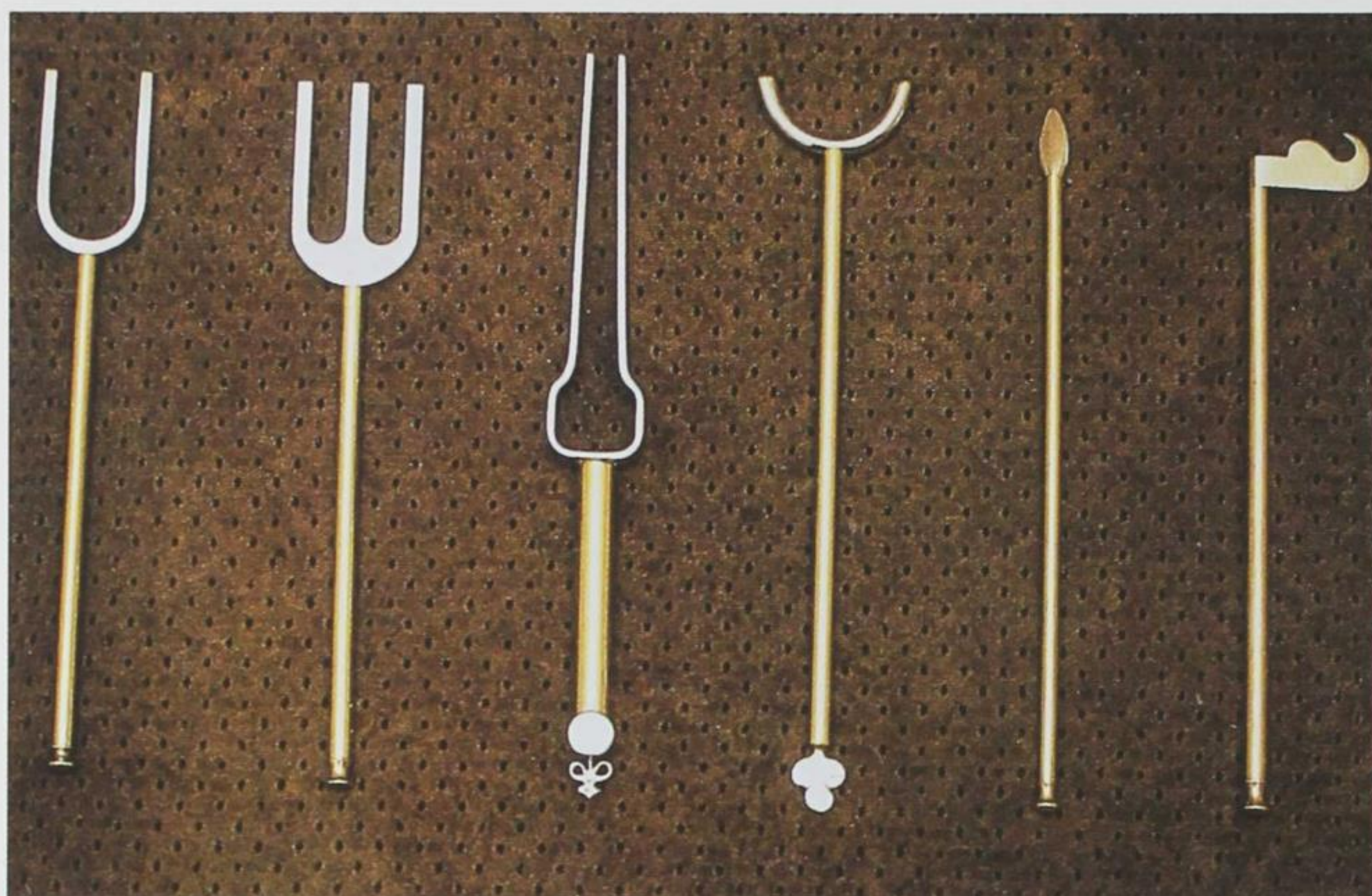
La cirugía fue, con la anatomía, la rama de la que menos testimonios escritos dejaron. Aunque el médico procuraba siempre la curación por medio de los medicamentos, en caso necesario se recurría a la práctica quirúrgica, en la que sabemos que practicaron todo tipo de intervenciones, empleando en ellas anestésicos a base de opio, beleño, mandrágora o hachís. Operaban cataratas, amígdalas y vegetaciones, hacían la traqueotomía, quitaban hemorroides y fístulas, reducían luxaciones y hernias. En las operaciones donde la incisión era grande, y sobre todo si se producía en el vientre, empleaban como sutura crines de caballo y cabezas de hormiga, técnica que consistía en colocar la boca de la hormiga a cada lado del borde de la incisión y



Instrumento quirúrgico de Al-Tasrif.







Reconstrucción moderna de tipos de cauterios indicados por Abulcasis para afecciones diversas.

luego cortarle la cabeza, consiguiendo que las mandíbulas se cerraran y unieran los bordes de la herida. Parece ser un método originario de la India.

En cuanto al aprendizaje del médico, en Oriente se realizaba en los hospitales, fundamentalmente, pero en al-Andalus, al carecer de ellos hasta época muy tardía, solía hacerse en las consultas de los médicos. El estudiante, o aspirante a médico, asistía a las consultas, oía y veía lo que su maestro preguntaba o hacía al enfermo y, luego entre

ambos, comenzaban un diálogo sobre lo ocurrido.

En uno y otro caso, es decir Oriente y al-Andalus, además de este aprendizaje práctico, el aspirante debía estudiar los libros de los autores más eminentes, tanto griegos como árabes. Para ejercer la profesión se les hacía una especie de exámenes, es de suponer que por los médicos más destacados de cada ciudad, superados los cuales se les concedía licencia para enseñar lo que los libros estudiados por él decían.

### *La medicina en al-Andalus en época omeya*

Por lo que hasta el momento sabemos de la España musulmana, parece que la ciencia comenzó su desarrollo en nuestro suelo en la segunda mitad del siglo IX. Si hubiéramos de concretar, podríamos decir que hasta el emirato de 'Abd al-Rahmān II no se puede hablar de ciencia como tal en al-Andalus. Este momento sirve de arranque a un período que ya dará frutos concretos, en forma de autores y obras de importancia, en el califato, proseguirá durante el siglo XI con los reinos taifas y, más tarde, bajo los almohades, entre finales del XII y comienzos del XIII, alcanzará sus mayores logros, con figuras como Averroes, Avenzoar o Maimónides, por citar los más señeros. A partir de esa fecha comienza un lento declive, reviviendo momentos importantes en el siglo XIV, durante el reinado de los nazaríes, para acabar en un nivel muy pobre en los momentos finales del Reino de Granada y en la época morisca.

El conocimiento de la medicina oriental coincidió con el tiempo durante el cual en Oriente se habían traducido ya buena parte de las obras greco-helenísticas y los médicos de allí comienzan a asimilarlas. No hay, por tanto, excesivo desfase entre el desarrollo de una y otra medicina, es decir de la oriental y la andalusí. Muy pronto comenzaría la producción de obras en uno y otro lado, si bien la aportación oriental iba a ser superior en cuanto a calidad y cantidad a la de la España musulmana.

Las vías, o mejor las formas, por las que la medicina que procedía de Oriente llegó a nosotros se podrían concretar en tres. Una sería la





derivada de la peregrinación a los lugares santos del Islam, que supondría el despertar de inquietudes entre los andalusíes cultos, que viajaban a Oriente no sólo por móviles religiosos, sino también en busca de los maestros que allí había. Tales viajes, en muchos casos, solían prolongarse varios años, de modo que quien allí iba traía a su vuelta amplia información, sobre todo oral. Las otras dos, en este caso tratándose ya de obras, sería bien el envío que un médico oriental hacía a otro de al-Andalus, por petición concreta de éste, del que hay algún testimonio a comienzos del siglo X, o por el comercio de libros existente entre ambas zonas, que llevaba a los eruditos andalusíes a adquirir estas obras para las bibliotecas que comenzaban a formarse. Tampoco faltaba el derivado de regalos entre personajes importantes.

En los primeros años, ante la ausencia de ciencia propia, la de los cristianos de la Península era la única que se practicaba o, al menos, a la que se le podía aplicar tal nombre. Era una ciencia que se conservaba, fundamentalmente, en los monasterios y estaba basada en textos médicos latinos, redactados al final del imperio romano, además de los clásicos griegos, como Hipócrates, o helenísticos, como Galeno, o en la producida por hombres de ciencia del periodo visigodo, cuyo máximo exponente sería san Isidoro de Sevilla y sus *Etimologías*. A los monasterios o las consultas que tenían en las ciudades, aunque sólo poseamos el testimonio de Córdoba, acudían los

Reducción de la luxación de hombro descrita por Abū l-Qāsis al-Zahrāwī.





enfermos cristianos y musulmanes, incluido un médico de la corte de 'Abd al-Raḥmān III, quien recurrió a un monje en busca de un remedio para el dolor de oídos del califa.

La medicina de los cristianos perdió su influencia a partir del siglo X, época en la que ya no se encuentran nombres de ninguno de sus médicos. A ello pudo contribuir la disminución de mozárabes en al-Andalus junto con la conversión al Islam de médicos importantes que pasaron, incluso, a formar parte de los círculos cortesanos de Córdoba. Se incorporaban, así, a la nueva corriente científica que ya circulaba en la España musulmana, actuando dentro de ella. No obstante, y seguramente a nivel popular, aparte del caso aislado, y ya recogido, del médico del califa, la costumbre de acudir a los médicos cristianos pervivió a lo largo de siglos, teniendo testimonio de ello en la Sevilla del siglo XII.

Tras el contacto con la ciencia oriental, se estableció una doble corriente, un flujo de hombres que en uno y otro sentido marchaban de o hacia al-Andalus, que iba a dar lugar al nacimiento de una ciencia propia andalusí, con sede en la capital, Córdoba, como parece lógico. Sus líneas generales no iban a divergir mucho de las que de Oriente venían, pero, con el tiempo, la andalusí alcanzaría ciertas cotas de originalidad respecto a la oriental.

El siglo X, el del califato de Córdoba, supuso el momento de verdadero desarrollo de la ciencia andalusí. La favorable disposición de los dos primeros califas, 'Abd al-Raḥmān III y al-Ḥakam II, crearía un ambiente muy propicio para la proliferación de bibliotecas en las mezquitas, entre los nobles y los eruditos, con la del propio al-Ḥakam II a la cabeza, de la que se dice que disponía de 400.000 volúmenes, cifra, sin duda, exagerada, pero que puede dar idea del clima tan propicio al cultivo de la ciencia. Todo ello se vio favorecido por las relaciones científicas que, desde época de 'Abd al-Raḥmān III, se tenía con el Oriente musulmán y a la vez con el cristiano, que representaba Bizancio. Fueron momentos en que la medicina jugó un gran papel; la medicina y los médicos que realizaban funciones cortesanas y actuaban como políticos dentro y fuera de Córdoba, en representación del califa.

Además de sus contactos científicos con Oriente, Córdoba buscó y encontró otros caminos en el norte peninsular y en Europa, en concreto en la corte de los Otones. Eran caminos en los que el latín y lo latino predominaban, frente a la mayor presencia griega de otros campos. Así se pudo configurar una ciencia andalusí con características propias, a pesar de los muchos préstamos que había recibido y seguía recibiendo.

Por lo que se refiere a la medicina práctica de la Córdoba omeya, los remedios para las enfermedades de causa natural se buscaban en las plantas, de las que los árabes eran buenos conocedores, las sangrías, las ventosas o cualquier otro procedimiento que se considerara apropiado, con una eficacia que, en la mayoría de los casos, venía avalada por la práctica. Cuando se trataba de dolencias pequeñas para las que bastaba con usar plantas vulgares o hacer preparados medicamentosos de fácil confección, el enfermo solía aplicarse a sí mismo el remedio, aconsejado por otras personas. Si se trataba de



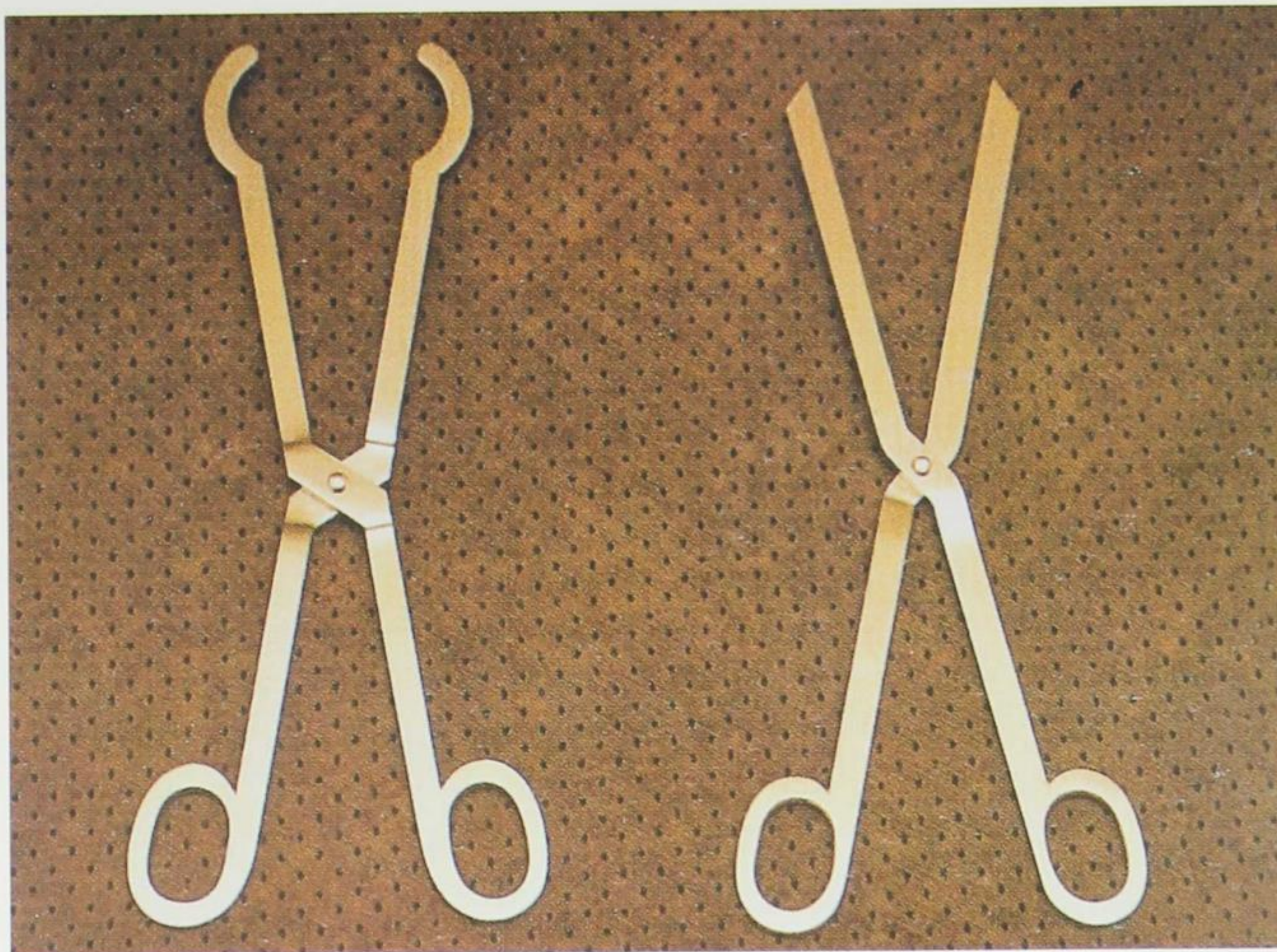
dolencias de mayor envergadura, con fuertes dolores, tumoraciones, alteraciones graves de la salud, llagas o heridas profundas, era el médico quien debía buscar y aplicar el remedio.

En la España musulmana de estos años, ante la ausencia de hospitales, los enfermos pobres eran atendidos, e incluso alojados, a expensas de instituciones piadosas, en unos recintos extramuros de las ciudades, llamados *rabad al-mardà*, o «barrio de los enfermos» formados por varias calles. Además, los nobles, las mezquitas y los propios soberanos, disponían dependencias para el mismo fin. Con Córdoba como ejemplo del que guardamos testimonio, podemos saber de la existencia del *rabad al-mardà* correspondiente, considerado hasta ahora, fundamentalmente, como lazareto por la identificación tan estrecha del concepto enfermo-leproso, y de unas dependencias del palacio de Medina Azahara, en las que se preparaban y repartían medicamentos gratis a quienes lo precisaran. Debía ser muy alto el número de los que se acogieran a aquella caridad porque los médicos solían cobrar honorarios muy elevados, acordes con su posición social, además de ser muy solicitados por los nobles y por los propios soberanos como sanadores y como consejeros.

A quienes su economía se lo podía permitir, acudían a las consultas que los médicos tenían establecidas y cuyas salas de espera eran las sillas que en la calle, frente a la puerta, se colocaban. El número de ellas era indicativo del prestigio del profesional. Debía de tratarse, en su mayoría, de médicos comunes, lejos de aquellos que cobraban altos honorarios y se movían entre la clase social alta, que actuarían en los barrios de las ciudades y en los pueblos. El hecho de no haber sido autores de obras o de no estar situados cerca de la corte no nos ha permitido conocer sus nombres. O para ser más exactos, no figuran en las páginas de los historiadores de la medicina. Tal vez los repertorios biográficos nos darían alguna luz sobre ellos.

Por los zocos, además, se movía una serie de personajes, como era el caso de los barberos y los sangradores, que realizaban pequeñas operaciones, en las que entraban las sangrías, las extracciones de muelas, la aplicación de ventosas y el cauterio, o los denominados boticarios o drogueros, que preparaban recetas y aplicaban remedios. A estos últimos, de modo concreto, no se les consideraba fiables ni estaban autorizados para realizar tal oficio, pero la realidad era que actuaban con libertad, sin que nadie les impidiera su ejercicio.

No tenemos noticias concretas acerca de la existencia de una medicina rural hasta época bastante tardía, concretamente en el siglo



Reconstrucciones modernas de dos tipos de tijeras descritos por Abulcasis para aplicaciones diversas.





XVI, cuando se nos habla de los sanadores ambulantes moriscos. Ibn Ŷulŷul, en el siglo X, nos relata una anécdota de un campesino que fue en busca de un afamado médico de Córdoba, Yaḥyà b. Ishāq, para que lo curara. Es posible que los núcleos urbanos de cierta importancia tuvieran sus propios médicos y que en los más pequeños o en los casos de enfermedades de carácter leve o las de componente mágico-religioso se ocuparan ellos mismos, en sus respectivas comunidades, y para las dolencias graves acudieran a los médicos de las ciudades.

### *Las principales figuras*

A partir del siglo IX aparecieron en al-Andalus médicos musulmanes notables, formados en parte en Oriente, aunque habrá que esperar al siglo X para encontrar el verdadero punto de partida del desarrollo real de la medicina árabe en nuestra tierra, tanto en lo que se refiere a la producción de textos como a la presencia de profesionales que ejercen ya una medicina de buen nivel.

La dependencia de la medicina andalusí en los primeros años respecto a Oriente y los cristianos, se hace patente en los nombres de los médicos de la corte cuyo nombre nos ha llegado. Centrados en el siglo IX, durante el emirato de Muḥammad I ejerció su ciencia al-Ḥarrānī, de origen oriental, que gozó de gran prestigio entre los de su clase y al que se debe un medicamento compuesto por diversos ingredientes, muy utilizado en su momento, que se llamó «el gran auxilio». De la misma época son dos cristianos, Ibn Rūmān e Ibn Malūka. Junto a ellos aparece la figura de un granadino, Ibn Ḥabīb (m. 853), al que mencionamos aquí no porque fuera médico en el sentido exacto de la palabra, sino por ser autor de la primera obra médica escrita entre nosotros y por uno de los nuestros. A pesar de todo, hemos de tener en cuenta que la información teórica y práctica que contiene fue adquirida en Medina.

Aunque su fama la debió, sobre todo a su condición de jurista en la corte de ‘Abd al-Raḥmān II, Ibn Ḥabīb también dedicó su atención a la medicina, escribiendo una obra, de la que, hasta el momento sólo nos ha llegado un extracto. Gracias a él podemos conocer algunas facetas de la medicina que se conocía en aquellos momentos en Oriente, en la que pervivían la «medicina del Profeta» con las teorías humorales griegas recién traducidas, además de darnos un atisbo de la rica flora oriental, con un amplio repertorio de frutas, hortalizas y plantas aromáticas, que él conocería directamente en los zocos de Medina. Sobre todo ello y sobre su aplicación terapéutica y dietética incluye datos propios o tomados oralmente de los que él denomina «gentes de ciencia, concedores de la medicina y los medicamentos». Dando un gran salto en el tiempo, se podrá ver cómo la medicina recogida en el texto de Ibn Ḥabīb, desplazada durante muchos siglos por otra de corte totalmente científico, resurge en la España morisca con una fidelidad casi absoluta. Habrá que pensar que las ideas que en ella se plasman debieron ser muy asequibles y estar en consonancia con la mentalidad



popular, de modo que siguieron vivas y fueron transmitiéndose a lo largo de generaciones, de tal manera que cuando se hubo perdido el uso y el conocimiento de la medicina científica y desaparecieron los médicos que la cultivaron, el pueblo iba a recurrir a los remedios que, posiblemente, nunca había dejado de usar.

Con el califato se vivirá el verdadero comienzo de la ciencia andalusí. Normalmente, se indica como referencia fundamental para este fenómeno la llegada a Córdoba de la *Materia Médica* de Dioscórides, aquella obra griega que regaló el emperador bizantino Constantino Porfirogeneta al califa 'Abd al-Raḥmān III y que tanta expectación provocó. En su traducción al árabe intervinieron algunos de los médicos de la corte, alcanzando, inmediatamente, una gran difusión, que le llevaría a ser una de las obras que más influyó en la farmacología andalusí del momento y de tiempos posteriores.

Será este siglo X aquél en el que se aprecie un paulatino ascenso de la presencia de musulmanes, alguno con ascendencia cristiana, y judíos cerca de los soberanos. En esta alternancia y en esta convivencia se debe ver una muestra del espíritu abierto al saber, y de la tolerancia con ideas y creencias, que se hace palpable durante los califatos de 'Abd al-Raḥmān III y al-Ḥakam II más que en ningún otro momento en la historia de la España musulmana.

Los nombres más destacados de entre ellos serían los de Yaḥyà b. Ishāq, Ibn Ŷulŷul, autor de diversas obras sobre médicos y medicina que tan activamente participó en el proceso de traducción de la *Materia Médica* de Dioscórides, al-Kattānī, los hermanos al-Ḥarrānī, formados científicamente en Bagdad y luego al servicio de al-Ḥakam II, uno de los cuales estuvo al frente de las dependencias palatinas de Medina Azahara en las que se preparaban los medicamentos, la llamada «farmacia», Sa'īd ibn 'Abd Rabbihi e Ibn Šaprūt. En algunos casos, además de médicos, desempeñaron papeles políticos en la corte califal.

Deliberadamente dejamos fuera de esta relación dos nombres. El primero es el de 'Arīb b. Sa'īd, con antecedentes familiares cristianos muy directos, que gozó de la confianza personal de 'Abd al-Raḥmān III, que le confió cargos políticos importantes, autor de obras de historia, poesía, veterinaria y, sobre todo, del famoso *Calendario de Córdoba*, importante desde muchos puntos de vista, y



Miniatura con la escena de un dentista, del *Tratado de Cirugía* de Abū l-Qāsis al-Zahrāwī.





Versión árabe de la  
*Materia Médica* de  
Dioscórides. París,  
Biblioteca Nacional.



#### Nota bibliográfica

C. Álvarez de Morales, «Sobre la farmacia de Madinat al-Zahrāʾ», *Homenaje al Prof. Jacinto Bosch Vilá*, Granada, Universidad, 1991, pp. 1087-1096.

— «Medicina y alimentación: andalusíes y moriscos», *Al-Andalus allende el Atlántico*, Granada, UNESCO- El Legado Andalusi, 1997, pp. 134-162.

— «El patrimonio científico de al-Andalus. Su elaboración y trasmisión», *La medicina en al-Andalus*, Granada, El Legado Andalusi, 1999, pp.13-26

F. Franco Sánchez, «La asistencia al enfermo en al-Andalus. Los hospitales hispanomusulmanes», *La medicina en al-Andalus*, Granada, El Legado Andalusi, 1999, pp. 135-171.

F. Girón Irueste, «Los médicos mozárabes y el proceso de constitución de la medicina árabe en al-Andalus. Siglos VIII-X», *Asclepio*, 30-31 (1978-79), pp. 209-222.

Ibn Ḥabīb, *Mujtaṣar fi l-tibb* (*Compendio de medicina*), Introducción, edición crítica y traducción C. Álvarez de Morales y F. Girón Irueste, Madrid, CSIC-ICMA, 1992.

R. Kuhne Brabant, «La medicina árabe y Occidente», *Awraq*, 2 (1979), pp. 7-21.

A. López López, «Vida y obra del famoso polígrafo cordobés del siglo X 'Arib b. Sa'īd», *Ciencias de la Naturaleza en al-Andalus. Textos y Estudios*, I, Granada, CSIC-EEA, 1990, pp. 318-347.

E. Llaveró Ruiz, «Los elementos de la materia médica de la Maqāla XXI del *Kitāb al-Taṣrif* de al-Zahrāwī y sus fuentes», *Ciencias de la Naturaleza en al-Andalus. Textos y Estudios*, III, Granada, CSIC-EEA, 1994, pp. 79-119.

J. Samsó Moya, *Las ciencias de los antiguos en al-Andalus*, Madrid, MAPFRE, 1992.

J. Vernet, «Los médicos andaluces en el 'Libro de las generaciones de médicos', de Ibn Yūlyūl», *Anuario de Estudios Medievales*, 5 (1968), pp. 445-462.

— *La cultura hispanoárabe en Oriente y Occidente*, Barcelona, Ariel, 1978.

de una valiosa obra médica, *El libro de la generación del feto*. El segundo de ellos, el más sobresaliente de todos y uno de los más destacados en la historia de la medicina andalusí, es el de Abū l-Qāsim al-Zahrāwī, citado en el medioevo europeo como Abulcasis, cuya obra, el *Kitāb al-Taṣrif* traducida al latín fue utilizada y gozó de gran fama durante siglos. En muchos casos se tradujo alguno de los treinta apartados que la forman como si se tratara de un libro aparte, lo que ha dado lugar a confusiones posteriores. De entre ellos, el último fue uno de los más afamados por ocuparse de la cirugía, tema de gran novedad y rareza en la historia de la medicina árabe. En general, toda la obra es de un alto valor farmacológico, con información sobre dietética, numerosas descripciones de preparados y gran riqueza de drogas de los tres reinos.

La altura científica de la medicina escrita y practicada en la Córdoba omeya fue conocida por los cristianos de la Península. En la Marca Hispánica desde el siglo X, y gracias a los mozárabes que allí llegaron, se inició su traducción al latín y empezó a penetrar en Europa. La ciencia andalusí se hacía ya presente más allá de nuestras tierras y comenzaba a dejar su rico legado.